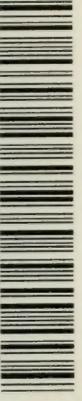


3 1761 06982081 9



PQ
8519
V3C3



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

(10) I
Armand Vasseur

Cantos ♪ ♪

del Nuevo Mundo



Antonio Díaz

EDITOR

Montevideo

1907





PQ

8519

V3 C3

Lápida

En el ángulo de tus cimientos, ¡oh gran futuro!, patria de los hombres póstumos y de las fraternidades venideras, yo arrojo esta piedra estelar, en la que tantas veces sangró mi corazón;

Aquí abajo, en la actual tiniebla asfixiante y extranjera, yo arrojo este peñasco inflamado para que en él, como sobre un reposorio, se refortalezcan y rememoren los aeronautas del porvenir;

Para vosotros, ¡descendientes de Encelado! mi angustia ha dado á luz este peñasco de fuego;

Para vosotros, hermanos y hermanas mías, esta luna de tempestad que sangra en el fondo de nuestra media noche.

A. V.

Á los árboles

I

Cedros del Líbano, rompe-tempestades, amamantados por la médula de las montañas, únicos dignos de haber velado, durante treinta siglos, la agonía de Prometeo;

Cedros cenitales, á cuyo amparo soñaron los Titanes y aún anidan las águilas;

Cedros mecidos por las nostalgias de Salomón; cedros tantas veces talados por el hierro de los conquistadores, que os trocaban en cofres de sus tesoros, en astas de sus banderas, en gradas de sus tronos, en pórticos de sus templos, en mesas de sus festines, en tálamos de sus amores;

Cedros indesarraigables, cedros perseverantes, cedros simbólicos, erguidos como arcos triunfales de la Eternidad, sobre el espasmo de los firmamentos y los lejanos clamores de la historia . . .;

Dad á mi númen el secreto de vuestra persistencia, y á mis cantos vuestra inmortal serenidad.

II

Boscajes de la Arcadia, donde el centauro Quirón, más viejo que Abraham y más sabio que los Profetas, adiestrara en el juego de las armas á Aquiles adolescente ;

Boscajes en que Vénus diera á luz al Amor abandonándolo en los cañaverales de Siringa, donde le amamantaron las fieras atraídas por su belleza, y las Euménides vendaron sus ojos y construyeron las flechas de su arco con gajos de ciprés ;

Abedules del valle de Tempé, cuya corteza convertida en sandalias oprimiera los pies de Atalanta el día en que el bello Meleagro obtuvo su ternura á trueque de la cabeza del jabalí de Calidonia ;

Laureles de los tiempos heroicos de la Tesalia, que admiraron á Triptolemo cuando, inspirado por las Deidades agrarias, instituyó el culto de las siembras, haciendo ondular sobre las colinas herbosas el tornasol de los trigales loados por Hesiodo ;

Hayas de Delos que velaran el nacimiento de Diana — arquera de las selvas — « cuando para calmar los dolores maternales de Latona, siete veces los cisnes dieron cantando la vuelta á la isla armoniosa ; en memoria de cuyos cantos Pan inventó los siete agujeros de su flauta y Orfeo las siete cuerdas de la Lira » ;

Palmeras del Alfeo donde las Sirenas vencidas por las Musas en el certámen canoro fueron despojadas de sus alas de las que las Musas hicieron coronas triunfales ;

Alamos de Hilé, que estremecieran el fragor de los exámetros del errabundo Melesígenes, á quien por su fúlgida ceguera los antiguos denominaron Homero ;

Mirtos salvajes de Eleusis en la isla de Salamina, donde Friné, imitando á Venus perfecta, saliera desnuda de las aguas, en las fiestas de Neptuno, ante el arrobo de los *diez mil peregrinos*;

Mirtos á cuya vista Temístocles y los suyos dispersaron la flota de los persas en la victoria naval que dió su nombre á la isla y otorgó á Atenas el cetro del mundo antiguo y el imperio de la civilización;

Robledal de las Termópilas, sublimado por el heroísmo de los *Trescientos*, que cubriera durante cuarenta años los restos abandonados de Leonidas;

Arboledas de la Argólida y de Micenas, patria y sepulcro de Agamenón, ebrias del estridor de las cigarras, en cuyas abrasadas soledades aún parece prolongarse el delirante clamoreo de Casandra;

Bosque sacro de Ida, nevado de palomas y de estátuas, donde Ictino y Fidias concibieron el poema de mármol del Partenón, erigido en lo alto de la Acrópolis dedicada á Minerva;

Pinares del Itsmo de Corinto, balanceados por las brisas de los dos mares, donde Píndaro inflamó sus *Odas* del amor de los Juegos Olímpicos;

Ceñidor de olivares de Atenas, de frutos regalados, cuya lumbre latente, más que el vino de Chipre, las mieles del Himeto y los peces del archipiélago — diera á los atenienses, el don ático del intelecto;

Dad á mi númen el secreto de vuestra belleza,
y á mis cantos vuestra inmortal excelsitud.

III

Higuera de Bethania, huerto de Getsemaní, monte de los Olivos, arbusto de las espinas, que exaltarais con la fiebre de las fiebres y nimbarais con la corona de las coronas, la Frente imaginaria...;

Oteros de Jerusalem, florecidos de parábolas, que dísteis los *sacros maderos* para auspiciar la leyenda de los martirologios mesiánicos;

¡Oh tristes arboledas, melancólicas como los panoramas de Palestina, transfiguradas por aquel gran Destino, cuyo prestigio saturan los milenarios, como « la mirra olorosa del país lejano », perfuma, noche á noche, el sueño de las caravanas!...

¡Oh arboledas, salvavidas de los mares muertos de la Fe, á cuyo alrededor torbellinea el maelstrom de las almas enfermas de nostalgias sobrehumanas;

Dad á mi númen el secreto de vuestro imperio,
y á mis cantos la virtud de transmutaros....

IV

¡Oh Ruminal ennoblecida por Plutarco, *túrris* arborea de las siete colinas, palo mayor de la nave romana, á cuya sombra jugaran los hijos de la *Loba* y reverdecieran los lábaros del Lácio !

Bosque sacro de encinas á la vera de la antigua *Via Apia* en que aún parecen deslizarse, entre los troncos inmóviles, las blancas vestiduras de las Vestales ;

Laureles del Janículo, imperiosos y ofrendarios, cabe la estatua ecuestre del Libertador, donde, en los tiempos augustos loados por Gabriel el Magnífico, descendían las águilas con los presagios, y volaban hácia las nubes, las imágenes augurales glorificadoras de la fuerza de las legiones y de la eternidad del Imperio ;

Olivos, rosales y cipreses, triple corona murmurante de la Emperatriz viuda de las capitales, que sentada en las márgenes del Tíber, con la mirada absorta en las catacumbas, no ve surgir, entre las ruinas de sus monumentos, los nuevos trofeos con que la ciencia, el arte y la industria, ornan las exposiciones de sus vástagos modernos ;

Olivos, rosales y cipreses en cuyos follajes desfallecen elegíacas, las brisas del Tirreno, y por cuyas ramas innúmeras ascienden con las sávias y se espacian en la caricia de las aromas, el polvo de sus próceres, la sangre de sus héroes y el genio de sus poetas ;

Dad á mi númen el secreto de vuestra gloria,
y á mis cantos vuestra perfecta idealidad.

V

Encinas de las Gálias regadas con las sangres más preclaras; cunas del « muérdago sagrado » que cercenara la hoz de oro de las druidesas, para las distribuciones propiciatorias;

Altars mayores de las selvas, resonantes de oráculos misteriosos, en cuyas ramas pendían los trofeos, las armas, los ornamentos y los blancos escudos de los combatientes;

Baluartes venerandos, santificados por el humo de los holocaustos, respetados por los rayos de las tormentas y las devastaciones de las batallas, á cuyo amparo juraban las huestas guerreras, desposábanse los amantes, se sacrificaban las víctimas del culto y discurrían los ancianos;

Púlpitos queridos de los bardos, cuyas copas altísimas dominaban los paisajes palustres, los páramos sembrados de *dólmenes* ciclópicos y las florestas salvajes, donde creciera, como un pendon expiatorio, la trágica melena de Vercingétorix;

Custodias de las Gálias, retoños del árbol de Irminsul que viera pasar, alucinante, la vision purpúrea de Velleda, con la frente coronada de verbena, los ojos de meteoros arcanos, pálida y felina como la imagen de la Venganza;

¡Oh, encinas libertarias, fresnos, olmos y abedules, antiguos oratorios de mi Raza, iluminados por el rojor de las nocturnas antorchas, y ensordecidas por el entre chocar de las espadas;

Dad á mi númen el secreto de vuestros memoriales, y á mis cantos vuestra inmortal serenidad.

VI

Palmeras de los Oasis, á cuya umbría crecían las mandrágoras con que Lea, hermana y rival de Raquel, gozara el amor de las noches de Jacob, y el rey Salmista imaginaba sus *proverbios* reclinado entre *su amiga la Prudencia y su hermana la Sabiduría*;

¡Oh palmeras, sembradas por el inmenso Job, que disteis vuestros dátiles á Omar y vuestras iluminaciones á Mahoma!

Prados de la Meca y de Medina, estrellados de pupilas de huríes, susurrantes de hálitos amorosos, perfumados de vahos femeninos con que el *Corán* llenó el paraiso de sus páginas;

Troncos umbrosos del desierto, sustentáculos de las tiendas de los aduares, frescor y oriente de los viajeros, húmedas coronas de los manantiales; troncos cuyos ramajes embrazaran el acero de las hachas de abordaje — vencidas más no domadas en Lepanto — enastaran las áureas y argentadas *medias lunas*, y mellaran, tantas veces, la desnudez mortal de las cimitarras;

Bosques asaltados por los sirocos, enfebrecidos por los arenales, en que moran aun los númenes islámicos desertados de las mezquitas, que aullan en los crepúsculos, cuando los vientos traen, de lo alto de los minaretes, los remotos pregones del muezzín!...

Dad á mi númen el fuego de vuestros soles,
y á mis cantos vuestra salubre hospitalidad.

VII

¡Pinares de las cordilleras; ombúes de las pampas; dindes de las llanuras; ébanos, curupáys y algarrobos de las selvas; sándalos, palos santos y eucaliptos; nopales, sauces y jacarandaes; plátanos, palmeras, cedros y encinas del nuevo mundo: desaparezcan para siempre vuestras especies, antes que la Iniquidad os trueque en postes de cadalsos, el Privilegio en banquillos de insurgentes, ó la Superstición, en ídolos dorados!

¡Oh dioses tutelares de los campos! Creced y multiplicaos para alegría de los horizontes, pureza de los aires, y pingües labores de los pueblos;

Salgan de vuestras entrañas, abiertas por las hachas de los Lincolns montaraces, los travesaños de los puentes tendidos sobre los ríos y los abismos cordilleranos; el forro de los túneles perforados en el vientre de los montes; los millones de durmientes de las vías férreas que unirán las tres Américas, y la amazón interna de los convoyes eléctricos, huyentes en el gran relámpago de los itinerarios, que transportarán las cargas de las cosechas, las copias de los reservorios, las primicias de los rebaños, los tesoros de las minas, los esfuerzos de las artes, los hallazgos de las ciencias, las lenguas, las ideas, los caudales y los amores de los viajeros;

Salgan de vuestras entrañas, las arboladuras de los navíos que bordearán las costas continentales, recalando en los deltas vírgenes y en las más remotas ensenadas; las calas de las goletas atestadas de productos, y las de los raudos veleros en cuyas jarcias y velámenes los vientos fluviales susurrarán el *floc floc mecedor* y propicio que *ieifmotiva* los himnos del « buen tiempo »;

Salgan de vuestras entrañas los puentes y las cámaras, las bordas y las quillas de los piróscafos, maravillosos como basílicas que hienden los mares con la rapidez de los leviatanes, y en cuyo fondo promiscuan las especies de todos los climas y las manufacturas de todas las razas, mientras en sus cubiertas resuenan palabras de todos los idiomas, y alrededor de sus chimeneas voltejean los albatros inmaculados y las aves migradoras cansadas de volar ;

Salgan de vuestras entrañas las compuertas de los canales que abrigarán las flotas industriosas del furor de los elementos; los pilotes de los istmos civilizadores que apuntalan el hierro y la piedra: de los istmos que escinden continentes y unen océanos; los postes de las estaciones radiográficas que recojen en los mundos del éter la vibración del pensamiento; y las tablas de los andamios que oscilan en los aires al peso de los operarios, cuyos útiles elevan en el desierto el milagro de las ciudades ;

Salgan de vuestras entrañas las mesas de los bazares que acumulan el tesoro de los objetos artísticos y los estantes de las tiendas apiñados de telas preciosas que luego embellecen los cuerpos de las mujeres hasta excitar la ardentía y el estetismo de los hombres; los pavimentos de los salones donde tamborilean las plantas danzantes de las parejas, y de los vastos coliseos en que repercuten las ovaciones y los aplausos de las multitudes que exaltan el ingenio de los creadores y el talento de los intérpretes ;

Salgan de vuestras entrañas los anaqueles de las bibliotecas, abrumados de manuscritos eximios y de luminosas enciclopedias, generadoras de revoluciones; los escaparates de los museos, cuajados de minerales y de monstruos, entre los que se exhiben raras aves embalsamadas, como los ideales de las mayorías humanas; . . . los bancos de las escuelas, engalanados de niños, gárru-

los y humildes, aún húmedos de inocencia, como las violetas de los jardines que se doblan al halago del rocío matinal; los tálamos de las alcobas habitadas por el desinterés y la lealtad, donde se prosiguen los excelsior de la vida, con estrofas de generaciones; las cunas, nevadas de lencerías y de esperanzas sublimes; los puntales de los confidentes forrados de terciopelo y los de las mecedoras, gratas á los soñadores y á los contemplativos, donde el ensueño dilata sus jardines bajo el fulgurar de lámparas mil y una nochescas; las ventanas inflamadas de auroras y de mirajes; las puertas de par en par abiertas al culto de las ideas, á la glorificación de las individualidades y á las primicias del amor;

Dad el cuerpo de vuestros troncos y el espíritu de vuestros fuegos para realizar tales portentos, ¡oh, maestros cantores de los bosques, nuncios de las estaciones, aleros de las riberas, guías de los caminos, tirsos de las lianas, ornatos de las ruinas, claustros de las aves, regalo de los seres, riqueza de las naciones, poesía de las ciudades, abanicos de las plazas, oratorios de los tristes, confidentes de los amantes;

Creced y multiplicaos ¡oh Genios inefables de las tres Américas, pantes de nidos, sonrientes de capullos, zumbantes de colmenas, rebosantes de frutos, henchidos de avatares;

Dad á mi númen el secreto de vuestros reverdeceres, y á mis cantos la gloria de las glorias que os aguardan.

Holocausto

I

Oyeme, tierra madre, tierra santa,
Oyeme, mar hermano, mar inmenso,
Oyeme, cielo amigo, cielo libre,
Oyeme, sol preclaro, sol eterno.

Como tú, tierra madre, es mi esperanza,
Profunda como el mar y como el cielo,
Preclara más que el sol y tan eterna,
Que es sol de soles de mis pensamientos...

Lanza mis rimas como fuerte oleaje
Contra las almas de horizonte abierto,
Gira en mis ritmos como ardiente faro
En la alta noche de sus desalientos.

¡Oh manantial de las salvajes selvas
De mis amores! ¡Manantial secreto!
Nutren tus aguas tempestuosas nubes
De rayos de oro y augurales truenos...

¡Oh mi Esperanza! ¡Prometida mía!
¡Ebria leona que embravece el celo!
Hoy, tus rugidos de dolor me anuncian
Que alumbra leones nuestro gran deseo!

Los largos años que pasé á tu lado
Serán por siempre, mi mayor recuerdo.
¡Cuántos abismos escalamos juntos!
¡Cuántas montañas y desfiladeros!

II

Mi corazón, como el espacio, libre,
Brinda á los párias su infernal ejemplo:
Trémula esponja cuya roja tinta
Arde al dolor y se convierte en fuego.

Para alumbrar la soledad mortuoria,
Para vencer las cosas y los tiempos
Hay que irradiar exaltación perenne,
¡Arco tendido en plenitud de esfuerzo!

III

Los armadores del Saber botaron
Al porvenir, mi trágico velero;
Armas, clarines, útiles civiles
Lleva, y antorchas para grandes hechos...

¡Oh, sibaritas de beätos ocios
Que á la alta mar del entusiasmo épico
No llegais jamás! ¡Desde vuestras islas
Oid al menos mi orquestral velero!

Himnos de amor, que menosprecian leyes,
Salmos de fe, que no conocen templos,
Odas triunfales para el gran futuro,
Ruge en sus velas el titán del viento.

¡Oh, poesía del corsario errante!
Ondas marinas, caprichosos cielos,
Círculos de oro de los horizontes,
¡Iris, tormentas, huracanes, vértigos!

Como el piloto de la nave náufraga
Amarrado al timón, después de muerto
Seguía aún guiándola en la bruma,
Yo, muerto, seguiré frente á mis versos.

Si! Muerto lucharé por que la Vida
Llegue á la altura de mi augusto ensueño;
Y aunque olvidado y muerto, venceré
En cada insurrección de los libertos,

Mientras quede una tabla de mi nave
Flotando en la borrasca de los tiempos,
Y en la costa del último heroísmo
Haya quien ruja mi *¡Desperta ferro!*

À Atlántida

Númen del Nuevo Mundo,
Díctame la orquestral polifonía
Del tiempo nuevo y de las nuevas razas,
Los rutilantes cantos augurales
Del portentoso porvenir de Atlántida!

¡Madre de las Naciones,
Quiero tejerte un himno inmarcesible
De armoniosas palabras;
El himno zodiacal de la apoteosis
De florecidas sílabas que cantan!
Quiero soñarte, redimida sierva,
Marcando rumbos á la estirpe humana,
Transfigurando el infeliz presente,
Inaugurando la mundial Arcadia.

Flor de los emergidos continentes
De pétalos inmensos como patrias,
De cáliz tropical, ébrio de pólen,
De néctares y féculas intactas,
A cuyo alrededor zumba perenne,
En rauda rotación inmigratoria,
La enjambrazón hambrienta de las Castas.

Crátera convivial de los festines
De la eterna abundancia,
Sea el preclaro sol de tu hemisferio
Zona sagrada;
Crátera convivial de los festines
Que en la rústica tabla de tus granjas,
Y en la mesa suntuosa de tus urbes,
Con áureo gesto su esplendor derrama!

Cofre de los tesoros primordiales,
Joyero subterráneo,
Desbordante de piélagos preciosos
Que el tiempo inmemorial metalizara;
Reservorio de minas de petróleo,
De sulfurosos surtidores de agua,
De superpuestas selvas carboníferas,
De áureos Cipangos y Golcondas mágicas;
Batea del sagrado transformarse
De la inefable vida organizada;
Núcleo de siderales energías,
Joven Mesopotamia;
Madrépora nupcial, tálamo cíclico,
Tallado por los ínclitos Titanes,
De audacia legendaria,
Para que en él celebren su himeneo
Las flores y las faunas
De los divinos climas cardinales,
Glorias del mundo, de los pueblos alma;
Medicinal naturaleza vírgen,
Eres belleza, poesía, ensueño,
¡Oh realidad continental de Atlántida!

¡Visiones de la « tierra prometida! »
 Miríficos oasis del desierto,
 Grandiosos panoramas;
 Valles elíseos, formidables ríos,
 De soñolientas ó nerviosas aguas;
 Selvas pomposas, milenarias selvas,
 Que nunca hollaron temerarios pióners
 Ni oyeron nunca la canción del hacha;
 Arduas Babeles, cordilleras mudas
 De emocionante arquitección fantástica;
 Lagos serenos como piedras finas,
 — Líquidos cielos en el cielo aéreo —
 Como escondidos entre las montañas;
 Raudos torrentes, cancioneros libres
 De los abismos que los ecos guardan;
 Obras maestras de la gran Natura
 ¡Oh arcos iris de las cataratas!

Frescos, perennes manantiales líquidos,
 ¡Oh filtros naturales de los campos,
 Paradisial bebida de los dioses,
 Suero espontáneo, transparente savia!

¡Oh verdegueante, pastoril miraje,
 Gráciles hierbas, trebolares pingües,
 Muelle, riente, peregrina grama;
 ¡Oh gleba de los búcaros pradiales
 Vívuda y suave como pulpa humana;
 Tú simbolizas la edad de oro extinta,
 Tú redivives la belleza arcáica,
 Tú justificas los solemnes mitos
 De vida solidaria,

Que para bien de nuestra inícuca stirpe
Mi extravagante arteficción ensalza . . .
¡Oh maravillas,
Prez de la rica juventud terráquea!

¡Cráter social, hornaza,
En cuyo hirviente seno desembocan
Las residuales heces planetarias,
Para aclarar sus lóbregas angustias,
Para templar sus titanes fibras,
Para saciar sus tempestuosas ansias,
Para cumplir con el impulso eterno
De renovarse y renovar la casta,
Cuál trágicos metales herrumbrosos
Que los crisoles funden
Y el Arte trueca en novedosas armas!

¡Oh proles venideras!
Seres futuros que el Futuro incuba
Bajo sus ígneas alas;
Más grandes que los grandes Cincinatos
Que las Antígonas y las Penélopes,
Las Hiparquías y Lucrecias clásicas:
Vidas de luz, de amor, de fortaleza,
Mentes mundiales: almas!

Sororales varonas redimidas,
Antorchas del saber con cuerpos de [ánforas
De ubérrimos ovarios progeniales
Bajo la comba maternal y elástica;

De húmedas y policromas pupilas
 De nupciales miradas :
 ¡Oh, cosecheras de organismos ágiles,
 Vendimiadoras de amorosos sueños,
 Dispensatrices de supremas gracias !

¡Eximia variedad de los Atlantes ;
 Gente viril, genial, hospitalaria,
 Exenta de infamantes atavismos,
 Libre de toda decadente mácula !
 Altos designios, ejemplares gestos
 Constelarán el fosforente vuelo
 De sus gallardas horas cotidianas :
 Seráles leve la experiencia escrita,
 Cuanto postulan rutinarias « tablas » ;
 Sabrán vivir la vida sensitiva,
 La plena vida de los hombres fuertes
 Multiplicando su inmortal prosapia.
 ¡Oh, proles venideras !
 Seres futuros que el Futuro incuba
 Bajo sus ígneas alas !

Madre de las naciones,
 Mito glorioso, renaciente Atlántida,
 « Obrera la más jóven de la tierra,
 « Obrera la más rica, la más sabia »
 Si perseveras, te dirán un día,
 Las laudatorias lenguas de los pueblos
 En numerosas inmortales hablas.

Granero de la Especie,
Tienda de las piadosas ambulancias
Abierta á los anónimos dolores
De la fatalidad y la desgracia;
Cabecera fraternal del optimismo
De la tabla redonda del planeta
En el gran festival de la abundancia.

Salvavida de todos los caídos,
Estandarte de todas las audacias,
Eje de los gallardos equinoccios
Y de las tempestades necesarias;
Lagar de los fructíferos fermentos,
Hospicio de Mesías y Dionisios,
Taller de las empresas mayestáticas.

Pórtico emulador de la Sapiencia
Abierto á las eximias tolerancias
Entre cuyas columnas diamantinas
Arde la zarza
De la Fe semita,
Ríen los dioses de la magna Grecia
Y zumba el genio de la ciencia aria.

Cuna de victoreales campeonatos
En todas las futuras olimpiadas;
Tierra votiva de la musa Agrícola,
Inspiradora de los apogeos
De bienestar é independencia humanas;
Tierra del desdoblarse de los siervos

En hombres libres, en excelsas damas,
 Como jamás los continentes vieron,
 Como jamás la humanidad soñara...
 Tierra de la Amistad y del Amor,
 Tierra del Entusiasmo y la Esperanza,
 Tierra de la Belleza y de la Fuerza,
 Tierra divina para siempre amada;
 Haz que el aeda evocador te admire
 — Como en el sueño de Noé el Arca —
 Transfigurando el infeliz presente,
 Marcando rumbos á la especie humana,
 Embelleciendo la mansión terrestre,
 Inaugurando la mundial Arcádia!

Esfera terrenal y selectiva
 De transparente atmósfera agraciada,
 En cuyo claustro maternal vislumbro
 El espejismo de una nueva Raza;
 Haz que el aeda juvenil te admire
 Hacia el sublime porvenir en marcha,
 Antes que el tiempo en sus cabellos nieve,
 Y la deidad de la suprema Inercia
 Rompa el cordaje laudatór de su arpa!

Torre de los vigías de la Idea,
 Torre de radiográficas alarmas,
 Torre de fulgurantes reflectores,
 Torre refugio de las grandes almas.

Colmenar de novísimas ciudades,
 Las más fuertes, artísticas y alegres,
 Las más ricas, fecundas y magnánimas;
 Pléyade de comunas familiares
 Cuyo tesoro espiritual irradia
 Más luz y poesía que los astros
 Y más fuego interior que las montañas.

¡Aurorales ciudades presentidas!
 Sin resguardos, bastiones ni murallas,
 Sin catacumbas de menguados ritos,
 Sin chozas, sin cadalzos, sin armadas:
 Oh ciudades!
 Más vastas que las yermas Babilonias,
 Más bellas y más sábias
 Que las bellas ciudades de la Hélade;
 Más fuertes y más libres
 Que las « urbes » romanas;
 Que cuantas yacen para siempre ignotas
 Bajo las selvas de la antigua Atlántida;
 Más impregnadas de virtud terrestre,
 De moderno civismo,
 De fraternal unción humanitaria
 Que las Jerusalenes intangibles
 Y las Mecas arábigas!

Nebulosa civil en formación,
 Archipiélago de « urbes » libertarias,
 Pléyade de comunas familiares,
 Sociales vías lácteas;
 ¡Oh ciudades! —
 Líricas, originales y plásticas;

Paganamente llenas
Del espíritu santo de la Vida,
Cuya embriaguez, maravillosa y ráuda,
— Ritmo inefable, medular zig zag,
Trémolo, fuga, maremoto anímico,
Impetu, fiebre, creadora dádiva,
Loco derroche, aurisolar eclipse
De la potencia y la conciencia avaras —
Cruza, en las noches del destino humano,
Como un meteoro entre la sombra arcana...

¡Oh ciudades...
Cuyo tesoro espiritual derrama
Más luz que los gloriosos candelabros
De Salomón;
Más prez que las estatuas
De Fidias, que los mármoles de Scopas,
Y los ritmos eternos de la Iliada!
Más genio, más valía, más grandeza,
Que todos los estilos y las obras
De las extintas y modernas castas;
¡Oh ciudades, emporios electivos
De lo más grande que en el Orbe existe
Desde que existen almas!
Emporio de hidalguías fraternales,
De conciencias afines y plenarias;
Ricos veneros, cerebrales vetas
Del supremo rádium «perseverancia»,
Cuyo electrismo sideral é ignoto
Es lo más grande que en el Orbe existe
Desde que existen almas!

Madre de las naciones,
Reverdecida fabulosa Atlántida,
Hija más bella que la bella Europa
Y que la madre Asia,

Haz que pueda ofrendarte y lo merezcas,
Un himno exaltador é inmarcesible
De armoniosas palabras;
El himno zodiacal de la apoteósis
De florecidas sílabas que cantan;
El himno cuyos ritmos rememoren
Las músicas campestres de tus brisas,
El grave bordoneo de tus playas,
La ronca inspiración de tus torrentes,
La ingénua soledad de tus montañas,
El hórrido fragor de tus combates,
El silencio fecundo de tus pampas,
Los verbos zumbadores de tus pueblos,
El lento despertar de tus canallas...

¡Oh madre tutelar!
Ornamento gentil de los océanos
Pensil inaugural de democracias,
Frontón del nuevo kosmos humanista,
Alto relieve, pedestal del « Super »,
« Duomo » mundial de novadoras Razas!

Que los vientos del Norte,
Que los vastos alíseos de los trópicos,
Que el hálito sublime de las pampas,

— Desde el remoto estrecho de Behéring
Hasta la cuenca aurífera del Plata —
Hinchen y avienten hácia el gran Futuro
Tus magestuosas velas desplegadas ;
— « Santa Santórum » de los pueblos libres —
Nave inmortal, insumergible Atlántida !

Las Torres

La cosa más bella en el mundo
es hacer castillos en el aire.

E. Ibsen.

EL

¿Querrías una torre con jardines colgantes
Para tabernáculo de tu pudor?
O la torre de gloria de las arpas sonantes
Construida con las piedras preciosas del Amor?

¿La torre de la isla de las verdes maníguas
En algún archipiélago de ilusión,
A la que tú ascendieras, cual las reinas antiguas,
Sobre el palanquín de mi corazón?

Desde cuya áurea altura contemplarías
Las errabundas naves pasar, pasar, pasar;
Y en las noches diafanas, las ébrias pedrerías
Que el sideral joyero hace reverberar? . . .

¿Una torre atalaya, cabe un orbe de iguales
En alguna cosmópolis tumultuosa y feliz,
De inmensos reflectores y bronce augurales
Como jamás tuvieron ni Roma ni París?

¿Una torre á la vera de extraviados oasis,
Cuya sombra amparara las tiendas del aduar;
La torre de la Meca de todos los extásis
Sobre el desierto en llamas, ó en el claror lunar?

Ven, á elegir tu torre, la más resplandeciente,
Construida con las piedras preciosas del Amor;
¿Aquésta de Levante? ¿Aquélla de Occidente?
¿Una dorada á fuego? ¿Otra cual blanca flor?

¿Quieres la de los sueños ó las de las aromas?
¿La torre del olvido ó la del recordar?
¿La torre de los Angelus, ó la de las palomas?
¿Ó la torre inclinada que yo suelo habitar?

¿Aquélla, que reflejan los luminosos lagos,
En cuyos miradores, guarnecidos de gules,
Flotan los aerostatos, con que los nuevos Magos
Te brindan el imperio de los cielos azules?

¿Alguna torre solitaria de las montañas
Junto á un bosque de cedros ó en lo alto de un pinar,
Donde mis grandes celos como águilas hurañas
Te llevaran las nuevas de la tierra y del mar?

¿Quieres las que se elevan en las zonas palustres,
Como las de Venecia, Bizancio ó Singapour?
¿Una torre enclavada sobre tierras ilustres,
De horizontes gloriosos y aurisolar azur?

¿Una torre en los valles de Sicilia ó Toscana,
En los fjords de Noruega ó en la brumosa Erhin;
Al borde del Egeo, en la blonda Alemania,
En la vega andaluza ó en las fuentes del Rhin?

¿Sobre las cordilleras, de Cipangos profundos,
En el cabo esperanza ó en pleno Gibraltar,
Frente al tonante Niágara — númen del Nuevo Mundo,
En nuestros Chimborazos ó en el Guarisankár?

¿Una torre en edenes de coral de Oceanía,
Con bahías internas que ellos llaman atoll;
En las islas de Java, Sumatra ó Tasmania,
Purpúreas y rientes en la gloria del sol?

¿En Rodas, en Smirna, Bagdad ó Teherán,
En Calcuta, Bombay, Benarés ó Caboul,
En Mudken, en Pekin, junto al Jangtsé-Kián,
En Kioto, Yokohama, en Tokio ó en Seúl?

¿Quieres que reconstruya las torres de Bassora,
De Cuzco, de Palenque y de Tehenochitlén?
Aquellas más famosas del reino de la aurora,
De Méfis, Babilonia y de Jerusalén?

¿En Lúcksor, Ecbatana, Lahores, Trebizonda,
(La lista de mis torres jamás tendría fin)
Con todos los antiguos tesoros del Golconda
En cofres musicales y en urnas de kaolín?

¿En torres de bambúes, sobre los elefantes,
Para las cacerías del tigre y del león;
Como la reina Bélkiss, tejida de diamantes
El día de apoteosis que viera á Salomón?

¿Una torre en los pingües países de la gracia
Donde la tierra es libre como el aire y la luz;
Donde no es cotidiano el pan de la desgracia,
Ni el amor, como Cristo, fallece en una cruz?

¿Una torre en las nuevas ciudades misioneras
Que el genio del moderno transforma sin cesar:
En zonas sin murallas, bastiones ni fronteras,
Abiertas á las razas que han de fraternizar?

¿Al inflamado borde de los largos caminos
Que traza el ideal,
Cabe las sementeras de los altos destinos
Que cultivan los pioners del Mundo Occidental?

¿Una torre que ensaye los roncós somatenes
Del nuevo despertar;
Y anuncie, para todos, una eclosión de Edenes
Tras el diluvio rojo que la hará madurar?

¿Las torres de los pueblos donde más amplia vibre
La justicia futura tronando rebelión?
La ciencia de los sabios, la audacia de los libres,
Y el inmortal hossanna de la cooperación?

¿Las de las capitales en hervor de quimeras,
Donde las multitudes que arrebató Satán...
Despedazan los cetros, los palios, las banderas,
Y el porvenir arrecia como un gran huracán?

¿Donde, de día en día, salvajes esperanzas
De labor y equidad,
Van formando el siroco de las grandes ultranzas,
Porque es aún la fuerza, ley de la humanidad?

II

En riberas que bañan los Ganges y los Nilos,
Los Platas, Amazonas y los Mississipís,
Se alzan las torres mías de todos los estilos
Que aguardan Scherezadas que me hagan feliz...

Los estíos irías á las torres del Norte
Los inviernos al Sur,
Y siempre, donde fueres, tendrías una corte
De amigas, en mis naves-viajeras del azúr...

¡Elige, amada mía, musa del porvenir!

ELLA

¡Oh, cuántas bellas torres! ¡No sé cuál elegir!
Mas ¿no estaré soñando suspensa de tus cantos?

EL

Tuyo es lo mío, amada, y es mío cuanto ves...
Desde que te conozco, he hecho tantos, tantos,
Castillos en el aire que más no cabe hacer.

Cada castillo tiene, como las catedrales,
Dos torres inmortales dignas de tu esplendor,
Elige algún castillo y así tendrás dos torres,
Una, que mire al Mundo, otra hacia mi interior...

ELLA

Puesto que Amor, sólo Amor,
Crea tales maravillas,
Ven y siembra sus semillas
Dentro de mi corazón;
Quiero poblar de castillos,
Mis desiertos y mis villas,
Mis vírgenes selvas mudas,
Los polos de mi ilusión...

EL

Amor forjó mis castillos,
Amor mis torres de gemas,
Amor, mis libres poemas,
Mis oráculos Amor;
Amor, mis metamorfosis,
Mis esperanzas supremas,
Y Amor, venciendo imposibles
Me premia con tu primor...

ELLA

¡Loado seas, Amor!

À la Tierra Uruguaya

¡Tierra Uruguaya!

— Nutriz, cuya es mi sangre y mi existencia,
Y el gran fuego central de mi lirismo,
Y el *rádium* de mi astral Perseverancia,
— Donde en las noches de invernales dudas
Vendrán los pueblos á templar sus almas;—

Oriental, Oriental, dulce ribera,
Flor de las flores por florida amada,
Mirador de los claros horizontes,
Joyel entre las joyas de la Atlántida,
Véate presto esclarecida y grande,
Próspera, libre, justiciera y plácida!

Exenta de tiranos y de siervos
Como lo estás de abismos y montañas,
Llenos tus surcos de simientes óptimas,
Tus trojes plenos de cosechas magnas;
Subdivididos tus feraces campos
En infinitas laboradas granjas,
Más ricos, que en espléndidas haciendas,
En seres cónscios, en familias cultas,
Viveros de hombres, madreperlas de almas!

Oriental, Oriental, dulce ribera,
Flor de las flores por florida amada,
Terruño de los Cides Campeadores,
Regio serrallo de amorosas Gracias,
Véante pronto los ansiosos ojos
De los mundiales párias,
Dando al olvido los laureles épicos,
Las homicidas armas—
Digna, consciente, pensadora, nueva,
Y millonaria de almas!

Entonces sí te llamaremos todos
Tierra charrúa, de los libres, Patria:
Cuando no häyan de emigrar tus hijos
Porque les niegas nutrición y almohada;
Cuando no albergues madriguera agreste
Por la miseria y el rencor poblada,
Ni fratricidas plebes irredentas
De crin hirsuta y de ignorancia atávica;
Cuando realices la Equidad augusta
Y el Derecho presida tus jornadas;
Cuando en la beatitud de tus campiñas,
Transfiguradas por la musa agraria,
No irrumpa, torrencial, la hórrida horda
Rabiosa de venganzas,
—En el eclipse de la gran concordia,
Como ciclón de infamia;—
Entonces sí te llamaremos todos
Tierra charrúa, de los libres Patria!

Á la Colina del Belvedere

¡Cómo he llegado á amar esta colina
Solitaria, que vela el litoral;
Desde la que, se contempla, á lo lejos,
En noches transparentes,
Las luces de las naves del estuario,
La capital, ardiente de farolas,
Y á las veces, el ojo giratorio
Del inflamado Cíclope del Cerro!

Jamás habría creído que el alma
Tumultuaria, en ella encontraría,
Hospitalario asilo á sus afanes,
Gratos mirajes, mecedores sueños,
Inspiración y paz.

Cómo he llegado á amar esta colina
Donde gusto tenderme á flor de suelo,
Sobre las blandas hierbas florecidas
Que los grillos monótonos encantan
E iluminan fantásticos insectos;

Que acarician las brisas del Atlántico
Con músicas distantes, que acompaña
El clamor de las ondas ribereñas,
En la penumbra azul, clara de luna,
O al remoto brillar de las estrellas.

En este sosegado promontorio
Suelo pasar las horas de las noches
Contemplando, y soñando
En cosas tan remotas é inconscientes
Que amenudo me admiran y transportan
Si de pronto, furtivas, las sorprendo;
Y harían mi memoria inmarcesible,
Gloriosa, si pudiera,
—Serenando la rueda del ensueño
Que hacen girar sus íntimas surgentes—

Apresar sus imágenes, sus ritmos,
Sus juegos claro-oscuros de visiones,
Y grabarlos, poéticos y míos,
En medallones de inmortales versos.

Y apoyo la cabeza iluminada
En tu plumón de florecidas hierbas,
Tierra del litoral inspiradora,
Regazo agreste de la patria nuestra.

Abarcan mis pupilas lo infinito;
 Divago en los fenómenos eternos
 De la vida, del órbe y de los astros.
 El númen de los búdhicos nirvanas
 Baña en su miel el corazón enfermo;
 Una ternura primordial me expande
 En suspiros, en ímpetus, en gestos;
 Y un himno sin palabras, sin ideas,
 Un himno de ansiedades inefables,
 Todo emoción, como apoteosis muda,
 Fluye de mí maravillosamente.

¡Oh, natural y religioso estado,
 Cómo me reconfortas y me elevas!
 Lejos de las intrigas ciudadanas,
 Y el ópio de las tristes bibliotecas!

¡Oh soledad fecunda en poesía!
 ¡Oh noches! ¡Oh silencios! ¡Oh belleza!

Más fuerte que el Amor

Apesar de saber que era devota
La amó su corazón;
La afinidad es una fiebre ignota
Que ciega la razón.

Ella creía en la verdad sagrada,
En la biblia y en Dios;
Él no dudaba ni creía en nada,
Que no fuera su "yo".

¡Oh! cuántas veces en el dulce idilio
Asoleado de amor,
Al condenado del interno exilio,
Al fosco soñador;

« ¡Ay! » le decía con su voz mimosa
De timbre señorial:
« ¡Divino, tu locura es muy hermosa,
Tu locura augural! »

« Es la eterna ilusión de los Orfeos,
 La quimera de Ormúz,
 La sed de los sublimes Prometeos,
 Nostálgicos de luz. »

« Es la zumbante fiera creadora
 Que quema la razón
 De los videntes de la roja aurora
 De la Revolución. »

« Es la sangre que arrancan los cilicios
 En coágulos de hiel;
 La sangre de los negros sacrificios
 Que alegran á Luzbel. »

« ¡La corona de espinas inclementes!
 Es el Inri, la Cruz;
 El desprecio y el odio de las gentes,
 El drama de Jesús. »

« ¿ Y todo para qué? Si siempre todo
 Ha de ser como fué?
 ¿ A qué ensuciarte revolviendo lodo?
 Divino, ¿ para qué? »

.....

Y con sus manos de marfil luciente
Y sus labios en flor,
Acariciaba la ardorosa frente
Del fosco soñador.

Él, solía escucharla sin tristeza,
¡Tan grata era su voz!
Y fiel al ideal y á la belleza
Se adoraban los dos.

Mas, una vez que quiso la Sirena
Con su ária sensual
Hundirlo para siempre en su Gehenna,
Dijo el bardo augural:

« No quieras nunca que en mis cantos vibre
Tu mística oración;
Yo siento el númen de los hombres libres,
La sacra Rebelión.

No me arredran las copas de cicuta,
Ni los autos de fe;
Soy el Saülo de la nueva ruta,
No temo á la Ananké.

Mi vocación me impele hacia adelante,
Es más fuerte que yo;
Si no me amas así, busca otro amante,
Mas convertirme ¡No!

El mundo está podrido de injusticias
Que es fuerza fulminar;
¡No me infames vendiendo tus caricias,
Al precio del callar!

Esa paz y esa fe que me pregonas
Son hijas del dolor;
Y no bastan millones de coronas
Para tanto valor.

Para lograr la paz de que disfrutas
En tu casto rezar,
¡Cuántos siglos de angustias y disputas!
¡Cuánto heróico guerrear!

No se ablanda el Misterio con rosarios,
Ni la Fatalidad;
Más alta que los altos campanarios
Se eleva la Verdad.

La Verdad, que fué hacha y catapulta,
Fuego, horca y dogal;
Y bárbara y salvaje antes que culta,
Siempre nueva y marcial.

Las propias ignominias de la tierra
Dicen al corazón:
« ¡No otorgues paz mientras amague guerra
Cualquier supertición! »

Malgrado el sonreír de los Mefistos
Acrecienta la luz ;
¡ Todos los tiempos necesitan Cristos
Que carguen con su cruz !

Labora el porvenir en tu conciencia
Si quieres porvenir,
Amarga es la enseñanza de la ciencia,
Mas sublima el vivir.

El orbe ha menester de estos Luzbeles
Que nunca cejarán,
En cuyas bocas de sonrisas crueles
Alienta el huracán.

Almas, que envenenára de rencores
La vieja Iniquidad ;
Terrestres, que no tienen más amores
Que los del Ideal.

No quieras, pues, que en mis poemas vibre
Tu mística oración ;
Me agita el númen de los hombres libres,
Y soy la Rebelión !

Quién pudiera...

Versos míos: mecedores, arrullantes, nostálgicos,
Burilados por las gracias de las idas mocedades;
Reliquias de cultos muertos ¡oh cálices polvorosos
Que atesorásteis las hostias de olvidadas vanidades!...

Versos míos: sangraduras, torcedores angustiosos,
Alumbrados en las noches de las ébrias soledades;
Campanas de funerales de badajos clamorosos,
Graves bronces de las torres de marfil de las «saudades»...

¡Oh nocturnos estallantes de sollozos y alaridos!
Serpientes de cascabeles de venenos exprimidos
Para siempre conservadas en redomas de cristal...

Quién pudiera reanimaros con conjuros peregrinos,
Y clavaros en las almas cual puñales asesinos,
En heridas invisibles que sangraran mi ideal...

Ya no van...

Ya no van los trovadores
Por las rutas medioevales
A cantar trovas de amores
En los castillos feudales.

Ya las viejas catedrales
Perdieron sus esplendores,
Y los claustros monacales
La abundancia de sus flores.

Ya los broncees inmortales
Enmudecen soñolientos
En las libres capitales.

Surge el alba; suenan dianas,
Y las turbas de *irredentos*
Funden balas con campanas!

À un león...

León de melenas rojas
Y atronadores rugidos,
¿Qué aguardas que no te arrojas
A los zarpazos prohibidos?

La jaula de tus congojas
Custodian viejos bandidos;
Tus cadenas están flojas...
Y tus barrotes, podridos...

¡Oh, fiera de ojos sangrientos
Que apuñalan los tormentos
De los hierros encendidos!

¿Qué sueñas, que no te enojas?
¿Qué aguardas, que no te arrojas
A los zarpazos prohibidos?

Los Leviatanes

Mi númen es el Leviatan cautivo
En el mar insensible de las cosas,
Que remonta el arcano Kouro-Sivo
Remolcando sus blancas nebulosas.

Bloqueado por el Kósmos decisivo
Gira en eternas rondas silenciosas,
Triste de *más allá*, solo y esquivo,
Como un sepulturero entre las fosas.

Nadie sospecha que el Ignoto vela,
Trazando, con los fuegos de su estela,
Vías astrales en la inmensidad,

Un día escucharán — sobre el oleaje
Negro de la Muerte — su ¡han! salvaje
Perderse en un maelstrón, Eternidad.

Al gran clamor del inmortal proscrito,
Responderán con salvas, los volcanes,
Y séquitos de largos huracanes
Irán á acompañarle, al Infinito.

Todas las razas del moderno mito,
Que le ignoraron, honrarán sus manes;
Y el himno de los cósmicos afanes
Por él creado, les será bendito.

¡Oh, mónstruos de los mundos de la idea!
Ya la tiniebla sideral clarea
Auspiciando una estirpe de titanes.
Pronto verán, los continentes todos,
Fosforecer la noche de los lodos
Al pulular de rojos Leviatanes!

Los conquistadores

En las albas doradas las lentas carabelas
Empavesadas todas, zarpaban para el viaje
Legendario y remoto, sobre el fluctuante oleaje
Que el huracán encrespa, borrando las estelas.

Magestuosas singlaban al tremor de sus velas
Bajo el azul glorioso, con rumbo á la salvaje
Región de los Ocasos, donde el triunfal coraje
De los conquistadores, calzaba sus espuelas.

De noche en las cubiertas y sobre las amarras
Absortos contemplaban los mares y los cielos-
Con la mirada inquieta y el corazón suspenso;

Y algunos trovadores, al son de las guitarras
Cantaban los adioses de trémulos pañuelos
Quizá por siempre ocultos tras el abismo inmenso.

La mariposa negra...

Hermana de los Incas, ¡oh Liranta!
No deploras tu antiguo poderío;
El mito de tu estirpe se agiganta
Regio y solar en el ensueño mío.

Hables ó calles tu primor encanta,
Tu magestad, tu esplendidez, tu brío,
Y el ruiñeñor enamorado y pío
Que en la glorieta de tus sienes canta.

Biznieta de Atahualpa! Como entonce,
Tiene tu faz el resplandor del bronce
Que el albo cisne espolvorea apenas...

Oh! Cuántas veces, con ternura loca
Soñé, quemar en tu encendida boca
La mariposa negra de mis penas!

El miraje

Rival de las gloriosas Atalantas
Inspiradoras de himnos sobrehumanos,
Que mi imperial tristeza desencantas
Al ténue roce de tus blancas manos.

Si vinieras á mí, como otras tantas
Vinieron y pasaron, — sueños vanos —;
Y lloraran, tus ojos soberanos
Al ver mi corazón bajo tus plantas;

Aunque mimaras mi orfandad esquivá,
Como una joven águila cautiva
Enferma de nostalgias indecibles,

Vieras, en medio de los sumos goces,
Absortas, las pupilas que conoces,
En siderales mundos de Imposibles...

Solo una, amiga...

Sobre la errante tierra vampirica y macabra
De floras ponzoñosas y faunas asesinas,
De cordilleras trágicas, desiertos, de ruinas,
De ayes, de sollozos y eterna abracadabra ;

Sobre esta ruda tierra, donde la vida labra
Sus cosas y sus seres con leyes peregrinas,
Donde el dolor y el odio nos coronan de espinas,
Yo he sido y soy amado tanto . . . que no hay palabra . . .

Y sin embargo Amiga, me quejo y desespero ;
Ah! más amores sueño, más amistades quiero,
Más lauros, más ternuras, más lírica embriaguez.

Solo una vez pasamos en medio á lo que existe,
Con alma forastera, enamorada y triste,
Solo una vez amiga, y nunca más después !

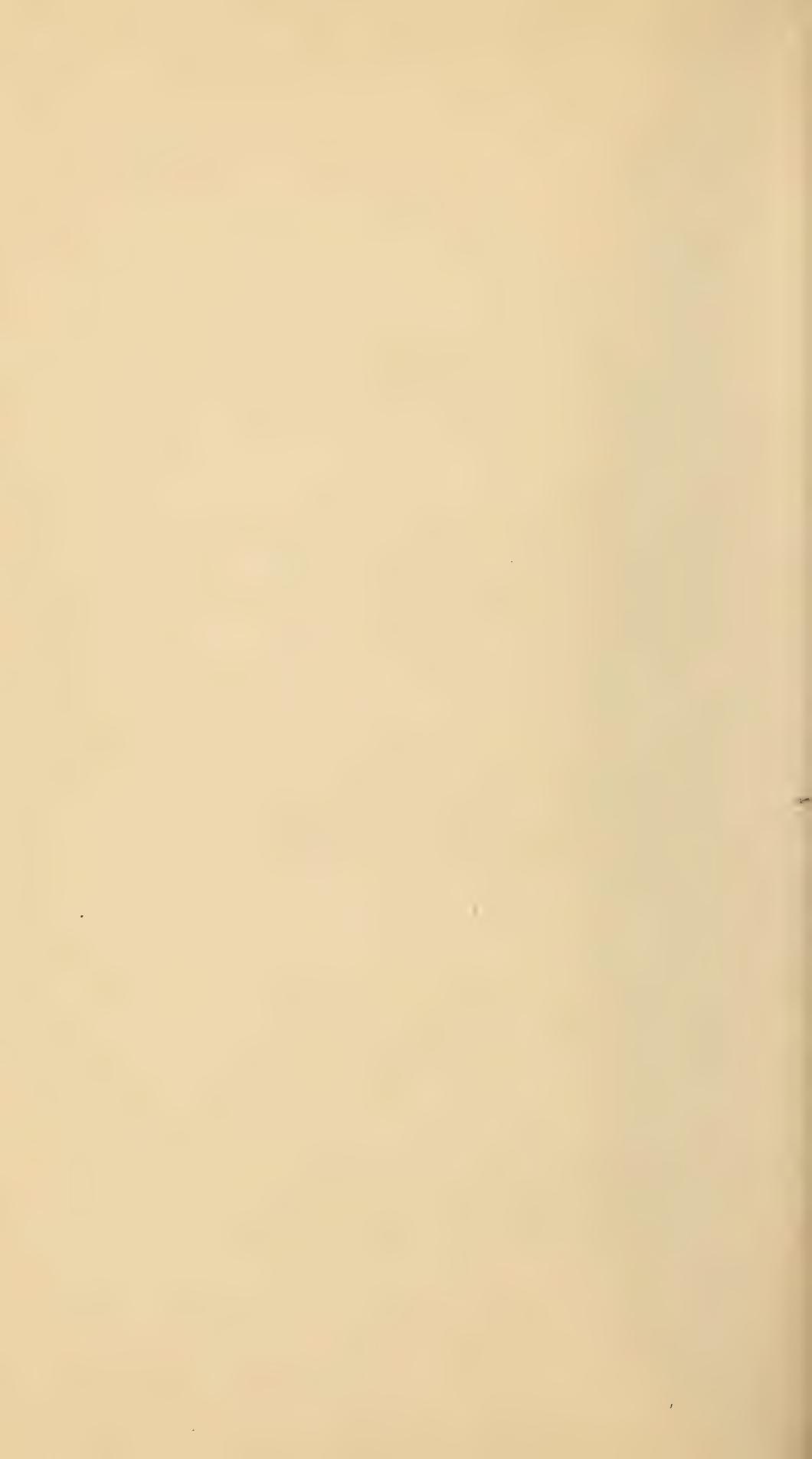
Helénica

En la noche sin fin de mi Odisea
Resplandeció la luz de tus primores
Oh, Musa de los últimos amores
De labios dulces como miel hiblea.

De la divina madre Citerea
Heredaste los flancos seductores,
La curva omnipotente, los rubores,
El gesto, y la sonrisa de la Dea.

Te juro, por los manes de Platea,
Que lanza de Palas Atenea

Coronando la Acrópolis sagrada,
Jamás, resplandeció cual tu mirada,
En la noche sin fin de mi Odisea.



Aquel...

Yo soy aquel que os hizo sufrir tanto
Peregrina beldad arrepentida;
Aquel por quien vertisteis hondo llanto
El año más febril de vuestra vida.

Aquel á quien brindasteis vuestro encanto,
Que os burlara al llamaros ¡preferida!;
Aquel, que sin piedad ante el quebranto
Os infiriera herida tras herida.

Yo soy el « monstruo » aquel tan fementido,
El tragediante, el pérfido, el bandido
A quien quisisteis con supremo amor.

Yo soy aquel que os hizo sufrir tanto,
Hoy, como entonces, vuestras gracias canto;
Y bien hermosa, ¿ me guardais rencor ?

Oda á Montevideo

I

Alguna vez diré cómo surgiste
Al borde del salvaje mar platense,
Sobre la alta colina verdegueante
Del nómada charrúa.

Alguna vez evocaré el mirage
Que el hispano piloto sorprendiera
Desde la cofa de la nao, gritando:
« Monte-vi-éu ! »

Y cuando el férreo brigadier Zabala
Como Alejandro en marcha hácia el desierto,
Puso en el vasto litoral nativo
Tu primer piedra.

Ahora canto en jubilosa salve
Tu florecer, Alejandría nueva;
Gema, que harán, las industriosas artes,
Escintilar con resplandores propios.

Baluartes del antiguo virreinato,
Ardua palestra de mundiales héroes,
Que vió surgir la aurisolar silueta
Pura y flamífera de Garibaldi.

Íncлита emerges junto al mar sonante
Flora purpúrea de la hispana gente;
Custodiante los númenes de Atlántida,
Y el sol de la Defensa.

Lagar elíseo de vendimias faustas
Donde perdura la embriaguez helénica;
Prez de olivares, cuyo aceite alumbra
La fiel antorcha de la Democracia.

Ara Votiva del progreso; ara
Del porvenir que el ideal realiza;
Ara que al fuego del valor naciste
Y que agiganta el fuego del ingenio.

Canto el festivo aniversario tuyo
Madre gloriosa, ciudadela invicta,
Dominadora del estuario inmenso,
Y de la inmensa pampa.

Faro que irradas orientales luces,
Vanguardia de la occídua cordillera,
Insomne centinela de los Andes
Sacro « aventino », fiel Monte-video!

Única estrella que en la mazorquera
Noche argentina de la tiranía,
Dabas tu luz en inmortal ofrenda
Para encender la fe de los proscriptos.

Única estrella en la brumal barbarie
Que trazabas un nimbo en cada frente,
Y tenías un rayo y un escudo
Para cada rebelde.

Pía es la sombra austera de tus templos,
No arraiga en tí la mala fe hebraica ;
La sapiencia civil tienes de Roma,
Fundida en los crisoles de la Francia.

Los tesoros del mundo á tí convergen
Para multiplicarse en tus empresas,
Al sudor de tu plebe, y al seguro
Milagro de tu tierra.

Breve es tu historia y como tal no evoca
Fastos cesáreos ni victorias régias ;
No te abruman coronas medioevales
Ni blancos solideos.

Ningún vano poder te presta amparo
Ni te roen olímpicas infamias ;
A la ajena labor jamás imprecas
Misericordia.

Oh, juvenilia de las selvas vírgenes,
Sirena del mar dulce de Occidente,
Oreada por las brisas tropicales
Y el hálito salvaje de las pampas.

Aula gentil del renacer latino,
Libre de arcaicas polvorientas ruinas,
Sin arcos de triunfos legendarios,
Ni capitolios de olvidadas leyes.

Aula gentil del renacer latino,
Abierta al mundo que labora y crea;
Cuya virtud hospitalaria saben
Los continentes.

Tú no sorbes la sangre ni la vida
De ninguna nación, de tribu alguna;
Alzas la frente sideral y digna,
Troyana siempre.

Tu no tiendes las manos suplicantes
En nombre de un Señor Omnipotente;
No vives de la Fe, ni de la Astucia
Ni menos de la Guerra.

Cruza el oro perenne de tus rentas
En torrencial Pactolo el oceano,
Hasta perderse en el brumoso Támesis
Y en la isla del Sena.

Oro uruguayo, sacrosanta sangre,
Das tu vigor á la europea gente,
Vivificas sus pútridas estirpes,
A costa de mi plebe.

Doras el ocio de la gran tacaña
Y gran felina plutocracia aquella,
En tanto que ante el hambre de sus hijos
Rugen tus héroes.

En la actitud ecuestre de tus bravos
Resumes el valor y la hidalguía;
Y en el alto relieve de tu gloria
Témis se eleva.

Proclamo que no existe sobre el Orbe
Orígen más excelso que tu orígen,
Grandeza superior á tu grandeza,
Orgullo más fecundo.

II

Como en los rudos milenarios tiempos
Magna, rampante, la infeliz Especie,
Labra la historia cuya miel dorada
Gustan los menos...

La excesiva labor más que las guerras,
Diezma las castas sin emanciparlas ;
Y el excesivo ociar, con sus hastíos
Pudre las « élites ».

Cada ciudad es un volcán que irradia,
Rojo fanal, sus flámulas de ideas ;
Rachas de tempestad tumban los trípodas,
Los dioses mueren.

Frente al tremendo padecer del pueblo
Cunde el oráculo de la gran « vendetta » ;
Y mientras ríe la sensual Capúa
Anibal llega !

Oh, patria nuestra, tutelar oasis !
Estrellas de las Cícladas de América ;
Por los emblemas de tu escudo de armas,
Tu vate jura.

Ay ! Mientras valles y colinas fértiles
Conserve sin cultivo el privilegio,
Pulularán tus torvas montoneras,
Habrá malones . . .

Se agitarán por el reparto agrario
Que las adhiera como planta al suelo ;
Aguardarán el despertar sublime
De nuevos Gracos.

Antes que el gaucho en la cuchilla abrupta,
Trágico enristre la mohosa lanza,
Y en el taller, el menestral apreste,
Los explosivos;

Antes que el sueño de los grandes montes
Torva interrumpa la fatal mesnada;
Y hasta las piedras de tus avenidas
Se empurplezcan;

Forja las tablas de la Gran Justicia,
Haz la epopeya del Derecho Nuevo,
Para que « el pueblo de los libres » sea
Monte-liberto.

Oh germinal de las instituciones!
Eldorado civil, conquista magna;
Miraje del crepúsculo cristiano,
Mito supremo!

Oh, cordillera de tan altos sueños!
Oh vientos de la cumbre inaccesible
Que desviais el vuelo de los cóndores,
Y formais la avalancha!...

¿Cuándo, la torre de tu fortaleza,
Al cielo, al mar, al sol, á todos rumbos,
Dará, en solemnes formidables salvas,
Tan « buena nueva »?

Del profundo mar negro del presente
El sol que surja nuevos mundos dore,
Oh maravilla de las tierras libres!
Hélios divino!

Reveladora del moderno credo,
Al carmen de tu augusto aniversario,
Responde el himno de las tres Américas,
Coro de Océanidas!

III

Oh, de las diosas mecedor Olimpo,
En pleno azul, cabe el platense Egéo,
Tierra florida, de las bellas vistas,
Sacro, « aventino », fiel, monte-liberto;

He aquí la visión de tus destinos
Que una tarde yo tuve en la terraza
De mi sereno albergue, en la colina
Del Belvedere.

Cubría la ciudad por el Oriente,
Densa, cerúlea nube de tormenta;
Y el sol trazaba en la pluviosa altura
La rúbrica del Iris.

Y parecíame ver, por largo tiempo,
Una visión de naves, infinita,
Que venían del fondo del Atlánte,
Con sus cargas de pueblos.

Eran testas viriles de Espartacos,
Eran rostros de madres « dolorosas »,
Eran bustos en flor, y por doquiera,
Proles ingentes.

Y las naves llegaban y llegaban ;
Y todos al pasar bajo la curva
Máxima del Iris, como ante un pórtico
Sacro, se descubrían.

Y el sol doraba aquel deslumbramiento !

Mientras que, de la agrícola colina,
El descendiente de los bardos druidas,
El portavoz de la ululante especie,
— Ronco badajo de la gran campana
Del Nuevo Mundo —
Con los brazos abiertos salmodiaba,
Al cielo, al mar, al sol, al omnio Cosmos :

Salve, pátrio oriental monte, refugio !
Salve, pátrio oriental monte, liberto !
Acoje las almas, redime los párias,
Concilia los pueblos ;
Y siempre, por siempre,
Acoje, redime, concilia, liberta, liberta, liberta !

¿En vano?

I

¿En vano
Todo el sufrir humano?
Los afebrados pulsos?
Los insomnios convulsos,
El odio y el amor?
Las lágrimas candentes?
Los ímpetus rugientes?
El númen creador?

II

¿La sangre, el llanto, todo
Cuanto la vida crea
Ha de tornar al lodo
Sin realizar la idea
De todo para todos?

III

El polvo de los siervos,
 —Cuyo sublime güano
 Germina nuevos verbos
 En el erial humano—
 ¿Tambien, por siempre en vano?

IV

¿En vano la bondad,
 En vano la verdad;
 En vano, el bien, hermano?...
 ¿En vano la paciencia,
 En vano la experiencia,
 Y la justicia en vano?

ENVÍO

V

¡No más, no más, serviles!
 ¡Hay que aventarse, harapos!
 ¡Arriar todos los trapos
 De todos los mastiles!
 ¡Hay que atreverse, viles!

VI

Sinó, por siempre en vano,
 Todo el sufrir humano!

El misterioso Amor

Y en tanto yo te hablaba como siempre
Suave y adusto, íntimo y remoto,
Iba surgiendo lenta, lentamente,
Sobre los mares muertos de tus celos
Poblados de volcanes silenciosos;
Iba surgiendo lenta, lentamente,
Como un maravilloso plenilunio
En la infinita noche de los polos;
Iba surgiendo lenta, lentamente,
En las graves esferas de tus ojos,
¡El misterioso amor de las Vestales
Hecho de horror sagrado y voluptuoso!

Memorial

I

De los drúidicos bosques de las Galias
Es mi estirpe augural y migratoria;
La tuya es de las ínclitas Italias
Mimadas de las Artes y la Gloria.

La Musa triüfnal de la aventura,
Más mágica que el númen de Aladino,
Infundió á nuestros padres su locura,
La locura del áureo Vellochino.

Por ella abandonaron sus hogares,
Ricos en fe y en bizarría homérica;
Atravesaron procelosos mares
En busca de las Cólquides de América.

Llegaron á las « tierras prometidas »
Ardientes de ilusión y sed de empeños;
Y consagraron sus tenaces vidas
A la consecución de sus ensueños.

Sufrieron en la brega cotidiana
Todos los trances que el azar encierra,
Todos los giros de la lucha humana,
Todas las amarguras de la tierra.

Tus padres prosperaron, y los míos
También tuvieron merecida suerte;
Mas un invierno, en los primeros fríos,
Alguien entró en mi hogar... y era la Muerte!...

Ida mi madre, la desgracia quiso
Poner á prueba mi precoz hombría;...
Tuve que abandonar mi paraíso
Como aguilucho que no tiene guía.

Vagué, de pueblo en pueblo, desolado
Comiendo las bellotas del destierro;
Sufrí, lloré, gemí por mi pasado
Y el infortunio ennobleció mi yerro.

El númen de las doctas enseñanzas
— Verbo inefable de la madre ciencia —
Supo trocar mis días de añoranzas
En horas de evangelio y penitencia.

A pensar aprendí y á comprenderme,
Sufrir con goce, y á crear con fiebre;
Sentirme estoico aunque estuviera inerme,
Lírico siempre, soñador y orfebre.

Fuí de los pocos que vencieron todo
Cuanto se opuso á mi tesón entonces:
¡Hoy, si grabo mi rúbrica en el lodo,
El lodo cambia y se convierte en bronce!

Hoy canto en los clarines de mi estilo
Las Marsellesas de la nueva hazaña:
Mientras escalo, fúlgido y tranquilo,
El vértice interior de mi montaña.

Hoy como ayer me asiste la pobreza,
Ayer como hoy maravillado vivo
De más en más por la inmortal belleza;
De vez en cuando trovador cautivo...

Ostento en los cuarteles de mi escudo,
Frente al miraje de una esclava Atenas,
Un Prometeo, trágico y desnudo,
Que sangrando revienta sus cadenas...

Mi canto suena en el oleaje humano,
Grito de alarma y atambor de guerra;
Soy una voz que encrespa el oceano...
¡La Voz de los volcanes de la tierra!...

Eternum vale

II

Alguna vez mi inspiración galante
Te hastió de tus banales amadores,
Soñaste ser cual la Beatriz del Dante . . .
Que un bardo te rimara sus amores.

Me sonreíste picaresca y bella
En la hora feliz de los hechizos,
Con tus miradas de amorosa estrella,
Augurales de excelsos paraísos . . .

Y te seguí magnetizadamente,
¿Recuerdas el callado seguimiento?
Y me miraste y te miré vehemente,
Y uno fué nuestro doble sentimiento.

Y desde entonces, el vate de los párias,
Fué de tus gracias claudicante siervo;
Le inspiraste los ritmos de sus árias,
Fuiste la llama que encendió su Verbo.

Premiabas con sonrisas sus canciones,
Fundías sus pesares con miradas;
Y habituada á jugar con corazones
Jugabas el papel de las amadas...

Y simulabas entusiasmos sacros
Con tan sutiles y espontáneos modos
Que mi ser se embriagó en tus simulacros,
Y te creí... como creían todos...

¡Oh tardes! ¡Oh crepúsculos! ¡Oh noches!
¡Angustias de la espera ante el balcón!
¡Oh gestos! ¡Oh saludos! ¡Oh reproches
Que en silencio te hacía el corazón!

¡Qué lejos todo eso y qué cercano!
¡Qué cercano y qué lejos á la vez!
Ah! ¡cómo te adoraba el muy humano!
Qué celos! ¡qué delirios! ¡qué embriaguez!

Jamás tú lo sabrás, nerviosa bruna,
Hermana de Ulalume y Ligeía;
Lunática y gentil más que la luna,
Más que la luna inaccesible y fría...

Jamás, jamás serás glorificada
Como lo fueras por mis ansias todas;
Jamás así sentida ni mimada
Aunque te cases... en octavas bodas...

Yo debía cantarte como canta
Pierrot liliál á la empolvada luna,
Y pues quien canta su dolor encanta
Tú no sentías inquietud alguna...

Y te abstuviste de estrechar los lazos,
—Es la verdad aunque el sufrir te abrume—
Sin ver que de mi alma hecha pedazos
Se iba el amor, como se va el perfume...

Y se fué, yo no sé de qué manera,
Quizá como la esencia de las flores;
Y se quedó tu ardiente primavera,
Sin arrullos, gorjeos, ni fulgores...

Yo mismo aunque quisiera no podría
Amarte nunca como ya te amé;
Aquello fué el martirio, la agonía,
Mi gran locura, pero *aqué*llo fué...

Hoy te sonrío más que nunca suave,
No te guardo rencor ni me entristeces;
Fuiste querida, como nadie sabe,
E idealizada, como no mereces...

Vive la vida que mejor te cuadre,
Haz lo que puedas por nimbar tu sien;
Véndete cara como esposa y madre,
¡Nada más justo que venderse bien!

¡Nada más justo que venderla bien!...

Berceuse

I

Sueño en la aérea Venecia
De un archipiélago azul,
Con las leyendas de Grecia
Y el miraje de Stambul.

Alcázares de quimeras
Tiene esa patria ideal,
Y moran las primaveras
En sus calles de cristal.

Se ponen — frente á las lunas
De sus lípidos canales, —
Sus antifaces, la luna...
La noche, polvos astrales...

De las mágicas distancias
De sus rumbos cardinales
Pasan ríos de fragancias,
Y armonías musicales.

El hálito de las flores
Perfuma barcas y olas,
Y dan al aire las violas
Sus serenatas de amores.

El firmamento es sonoro,
La gloria es bella y fugaz;
Mujeres, vinos y oro
Corean el *ritornello*: ¿quieres más?..

Los palacios se constelan
De luces de festivales;
Los Amores rien, vuelan,
Y nadie sabe de males.

No hay cárceles ominosas,
Hospicios ni cementerios,
Ni leyes, ni tantas cosas
Que inventan los hombres serios.

El agua es color champaña
Y da la inmortalidad;
No hay Evas de mala entraña;
La ilusión es realidad.

Lord Byron lo supo tanto
Que en ella se aclimató;
Y sólo quebró su encanto
Cuando Grecia lo llamó...

Isla de ensueño, mejor
Que Delos, Chipre y Citeres;
Dulce patria del amor
Y Meca de los placeres...

II

Ay! después de sumergirme
En tu agua que hace inmortal,
Moriré... de no morirme,
Pues tanto bien hace mal.

Como una real veneciana,
Llegará en góndola de oro,
Debajo de mi ventana
La Muerte que más adoro...

La góndola remolcando
El cisne de Lohengrín;
Vendrá la Muerte cantando
Para aplacarme el *spleen*.

Oh! las cadencias de miel
De la música ideal,
Que agotan la vida cruel
En un éxtasis nupcial!

¡Oh, Muerte, novia adorable!
Ha de serme tu canción
Como un veneno inefable
Que me hiele el corazón.

Yo me iré como he venido
Sin el más vago temor,
Dulcemente sorprendido
Tras una noche de amor.

Y me vendrán á velar,
Como en las pasadas citas,
Ofelias y Margaritas
De aquel país singular.

III

Sobre el agua de Colonia
De los alegres canales,
¡Qué bella la ceremonia
De mis exequias triunfales!

Góndolas, barcas, veleros,
Floridos y empavesados;
De gala los caballeros,
Y las damas ¡qué tocados!

Repicarán las campanas,
Harán salvas los cañones,
Y de nobles venecianas
Desbordarán los balcones.

Sabios, orfebres, artistas,
—Ebrios de alguna neurosis,
Soñadores, utopistas,
Estarán en la apoteosis.

Y al llegar á la rotonda
Do depositen los restos,
Un poeta de alma honda,
Rojo númen, todo gestos,

Luego de ensalzar mi vida
Y sus obras victoriales,
Me dará la despedida
En nombre de sus iguales.

¡E iré á vivir *la gran vida*,
Con las Sombras Inmortales!

Oración al Orgullo

Verbo de redención, supremo arrullo
¡Oh tú, muy puro y bien amado Orgullo!
Leon que entre torturas jugueteas!

Glorificado eternamente seas.

Hijo de mis entrañas, padre mío,
El corazón que emponzoñó el hastío
Vuelca hacia tí mis últimas mareas!

Glorificado eternamente seas.

Hélios moral, que en mi estrellada noche
Adolescente reventaste el broche
En estallante púrpura de ideas!

Glorificado eternamente seas.

Velámen de la barca zozobran
De mi alma, velámen rutilante
Que en incendios de fe chisporroteas.

Glorificado eternamente seas.

Incombustible, milagroso, extraño,
Que vas sobre el eterno desengaño,
Entre las tempestades que braveas.

Glorificado eternamente seas.

Sudor de Prometeo. Agua fuerte
Que brindas la ambrosía de la muerte
Al héroe, que traicionan las raleas.

Glorificado eternamente seas.

Llanto vírgen de témpanos polares
Que tienes la amargura de los mares
Y el divino fulgor de las preseas.

Glorificado eternamente seas.

Cumbre de la montaña incandescente,
Cuna de la avalancha y del torrente,
Refugio de las águilas febeas.

Glorificado eternamente seas.

Cráter ustorio como inmensa valva,
Libre, remoto mirador del alba,
Que oprobios curas y esperanzas creas!

Glorificado eternamente seas.

Arco triunfal vibrante de oriflamas,
Curvado á fuego, que en valor inflamas
Para avanzar jadeante á las peleas!

Glorificado eternamente seas.

Heraldo de la audacia, númen ario,
Poeta, redentor y libertario
Capaz de sobrehumanas Odiseas.

Glorificado eternamente seas.

Asilo de caidos y errabundos,
Crisol de estirpes y matriz de mundos
Que en iris de ilusión tornasoleas.

Glorificado eternamente seas.

Más allá del placer y del marasmo,
Más allá del amor y el entusiasmo
Fulgen insommes tus sublimes teas!

Glorificado eternamente seas.

Cuando el cansancio ó el saber cruentos
Naufragan en sombríos desalientos
Tu persistes, y el ánima espoleas.

Glorificado eternamente seas.

Hermano del dolor ¡oh solitario,
Peregrinante, zodiacal beluario
Que sobre el Bien y el Mal relampagueas!

Glorificado eternamente seas.

Escudo diamantino de mi vida
Que templara Luzbel, en la prohibida
Hornaza de las ansias giganteas!

Glorificado eternamente seas.

Más alto que la frente que aureölas,
Más bello que el ensueño que tremolas,
Más caro que las caras Citereas.

Glorificado eternamente seas.

Verbo de redención, supremo arrullo,
¡Oh tú, muy puro y bien amado Orgullo!

Heroica

Otros, talaron las selvas y escalaron las montañas,
Otros, cavaron las minas y roturaron el suelo,
Otros, forjaron metales y conquistaron naciones,
Otros, vencieron los monstruos y exploraron los océanos.

Nosotros, talamos mitos y escalamos tradiciones,
Minamos hondos prejuicios, roturamos privilegios,
Forjamos revoluciones y conquistamos enigmas,
Vencemos monstruosidades y exploramos Mundos Nuevos.

Otros, se armaron, un tiempo, para sangrientas batallas,
Otros, soplaron clarines, con delirantes alientos,
Y redoblaron tambores y enarbolaron banderas
En el fragor de las cargas relampagueantes de aceros.

Nosotros, nos armaremos de ardientes perseverancias
Para más árduas empresas y labores excelsos,
Para fatigas más puras, para victorias más largas,
Para heroismos más nobles, para ideales más bellos; .
Llenaremos nuestras vidas de centelleantes acciones,
¡Creadores, no creyentes, siempre libres, siempre nuevos!

À una campana

I

Solemne y contradictoria
Eres,
Campana que anuncias ¡gloria!
Con tremor de misereres,
Y cantas, con voz mortuoria,
La pascua de los placeres.

Solemne y contradictoria
Eres.

II

Con
que arte singular
Ay! me supo cautivar
La excelsitud de tu son.
Y desde entonces me tienes,
Campana sin corazón,
El corazón en rehenes.

III

Como arrullos de sirenas
Sobre la undosa marina
Tus trémulas cantilenas
Llegaron á la colina
Solitaria de mis penas.

IV

Y fué un reir de pesares
Y un sollozar de alegrías
Como ríen los pinares
Y sollozan otros días.

V

Solemne y contradictoria
Eres
Colmena que zumbas ¡gloria!
Campana de misereres.

Bien sé yo quien asegura
Que si es variable tu son,
También lo es tu ternura.

Campana sin corazón
Que embriagas los firmamentos
Del clamor de tu locura.

Y vas diciendo á los vientos,
Con inmortales acentos,
Mi eterna mala ventura.

Solemne y contradictoria
Eres,
Colmena que zumbas ¡gloria!
Campana de misereres.

Balada de los últimos otoños

Musa de las tristezas autumnales,
Melancólica dea,
Revestida de pálidos crepúsculos
Y lánguidas estrellas;

Antígona errabunda de los tiempos,
Que lloras hojas secas,
Desmelenada por nerviosos cierzos
Y locas polvaredas;

La seda mortecina de tus albas
Descolora las fértiles praderas,
Y el hondo terciopelo de tus noches
Amortaja las selvas.

Selene te contempla más que nunca.
Noctámbula y bohemia,
Y alumbra compasiva tu calvario,
En tanto que Hélios, triunfador, se aleja.

Tu viudez enternece las montañas,
Y entristece las fieras,
Las peñas se humedecen, y las ondas
Se tornan plañideras...

Las gárrulas ciudades se encresponan
De diluvianas nieblas,
Los torrentes, los mares y las pampas
Sollozan tus querellas.

Naturaleza henchida de nostalgias
Sus maravillas veda;
¡Adios, áureos mirajes de las cosas,
Alondras, golondrinas y falenas!

¡Adios, iris, azures, arreboles,
Gorjeos, cantilenas,
Poéticos susurros de las frondas,
Armonías excelsas!

Se marchitan las flores amorosas
En sus tallos suspensas;
En los muros grietados y ruinosos
Se acurrucan las aves agoreras.

Repica el esquilon de las ermitas,
Rechinan las veletas,
Y el aullar gemebundo de los canes
Resuena, casi humano, en las tinieblas...

Los juveniles corazones ebrios
De sangre en primavera
Apaciguan sus férvidos latidos
Y entumecidos quedan.

Encanecen las testas pensadoras
Afiebradas de ciencia;
Las frentes palidecen, y los ojos
Se nublan de cegueras.

Zumban las inquietudes del insomnio
Como enjambres de abejas;
Inquietudes que bullen en el fondo
De las conciencias.

Desfilan las ardientes Dolorosas
Del eterno poema;
Las Niobes, las Andrómedas, las Safos
De la propia leyenda...

Y se las mira sobrehumanamente
En la ficción perfecta,
Más bellas que lo fueron en sus vidas,
Más sabias y más buenas.

Y sobre el tiempo, que lo absorbe todo,
Más allá de la muerte y sus gehennas,
Aunque vencidas, en nosotros mismos,
¡Inmarcesibles quedan!

Pupilas de llorosas Sakuntalas,
 Que iluminan las fúnebres ausencias;
 Perfiles de proféticas Casandras,
 Rostros de Cítereas...

Sonrisas tristes como despedidas,
 Gestos ceñudos como amargas quejas,
 Bocas canoras cuyas lenguas de oro
 Sus caricias reservan...

Custodias rutilantes del ensueño,
 Del hondo Amor, sirenas,
 ¡Oh, Serafitas del Supremo Arcano!
 ¡*Horlas* de las tinieblas!

Ah! ¡cómo viven nuestra propia vida!
 ¡Cómo en nosotros reinan!
 Ay! esas mismas que al pasar finjimos
 ¡Cómo que no existieran!

.

II

Musa de las secuencias autumnales
De pupilas de hiedra,
Húmedas de relentes lacrimosos
Y de angustias secretas ;

Madrastra de los trágicos sin patria
Que vagan por la tierra ;
Penumbra de las almas solitarias,
Borrasca de Odiseas.

Fatiga vespéral de los enfermos
Que declinan sin fuerzas ;
Frialdad cotidiana de la muerte
Que se infiltra en sus venas.

¡Oh nube, tempestada de relámpagos,
De truenos y centellas,
Que á la par que desgranas tus lloviznas
Aniquilas é incendias !

Silencios religiosos de los valles
En las tardes eléctricas,
Más sublimes que todos los silencios
Que llenan las iglesias.

¡Cómo ululan los rancos vendavales
Que el lúgubre Huracán desencadena,
Cuando sopla, en los tubos de tu armonium,
Su aliento de Epopeya!

¡La fábrica terráquea se estremece,
Los firmamentos tiemblan;
La infinita armonía de los Orbes
Se detiene suspensa!

III

¡Oh, musa cenicienta del Otoño
De doble faz diversa,
Que los plebeyos con dolor deploran
Y los felices con fruición celebran!

Yo también, como tú, cruzo la Vida
Sin saber el por qué de mi carrera;
Errando en el abismo que circunda
La montaña de todas las Quimeras...

Bloqueado en los glaciares superiores
Del polo de la Idea;
Esperando sin fe lo Inesperado
¡Que tanto desespera!

Yo también como tú surco los tiempos
Envuelto en mis crepúsculos de nieblas,
Chirriando en las veletas de mis sueños,
Gimiendo en los pinares de mis penas.

Creando por crear — cara manía —
Historias y leyendas;
Dotándolas de vida y de misterio,
De amor y de belleza.

Yo también, como tú, siento el Invierno
De las dudas acerbadas,
Con su nevar de *¿para qué?* glaciales
Que el mar interno de ilusiones, hiela...

I V

Ya mis minas se agotan,
Ya mis fuentes se hielan,
Ya los *geissers* de ritmos desgranar
Sus últimas perlas.

Ya los vientos deshojan mis prados,
Ya mis noches están sin estrellas,
Ya los fuegos errantes circulan
Por sobre la fosa que abierta me espera.

Mi cadáver sonrío al gusano,
Es bizarra y gentil mi osamenta;
Cuando nadie recuerde su historia
¡Qué amor tan profundo tendrá por la huesa!

¡Oh, deidad del Otoño que pasas
 Conmoviendo las fieras,
Si de nuevo en los lustros futuros
Vegetando me encuentras,

Y te canto los himnos triunfales
Que cantan las almas inmunes de penas;
Y te cubro de imágenes de oro,
Y te hago aureölas de rútilas gemas,

— Oh, deidad del Otoño que pasas
 Conmoviendo las fieras,
Aunque fueren mis himnos sublimes,
Admira al trovero mas nunca le creas!

Alto relieve

Loemos, Musa mía, la sáfica molicie
Que rige, de sus ritmos la augusta *non curanza*;
Hasta en la ardiente noche en que Eros acaricie
Su cuerpo estremecido de angustia y de esperanza.

Loemos, Musa mía, los bólidos primáticos
Que el genio de los cielos la deparó por ojos;
Bólidos desprendidos de los Orbes lunáticos
Que, por instuirlo todo, no miran sin sonrojos.

Y la soberbia testa de joven pitonisa,
Antorcha rutilante de fuego cerebral
Más bella que la bella cabeza de Eloisa
Erguida sobre el marmol del busto virginal.

Loemos, Musa mía, el admirable todo
Que vela con sus vestes, y á su pesar descuella;
¡Oh, forma majestuosa del calumniado lodo,
Pura como una llama y ardiente como ella!

Quiera el diurno Helios, dispensador de palmas,
Ó la nocturna Necros, que troncha con su hoz,
Engarzar, en un mismo destino, nuestras almas,
Para el amor en vida, para la gloria en Nos. . .

Las celdas

¿Nada sabes de las celdas
De la bohemia estudiosa?}
De sus trofeos de zarzas?
De sus cruces incorpóreas?

¿De la angustia solitaria
De las almas penserosas,
Para quienes los triunfos
Suelen trocarse en derrotas?

¡Oh, las fiebres de esas vidas
Proyectándose en las cosas,
Bajo el terrible silencio
De las parálisis locas!

¡Ah, los recuerdos de un tiempo
De anunciaciones creadoras,
Destilando sus toxinas
Entre las células mórbidas!

Y las páginas en blanco
Del memorial de sus glorias:
Y sus truncos Evangelios
Que comentan las babosas. . .

¡Oh las celdas solitarias
Calvario de todas horas,
Con sus trofeos de zarzas
Y sus cruces incorpóreas!

Bien hayan los ecce homos
Héroes, sabios ó rapsodas;
Redentores en potencia
Que el mundo por siempre ignora.

Los Budhas, Cristos y Sócrates
Que no bajan al Agora;
Los Dantes que hubieron sido,
Los Luteros y Spinozas.

Los formidables forzados
De alguna condena propia;
Colones del *más allá*,
Que en la demencia zozobran.

Sembradores que jamás
Cosecharán cualquier cosa,
Y siguen, siembra que siembra,
Dichosos que otros recojan. . .

¡Oh las celdas solitarias,
¡Oh las celdas silenciosas!
Con sus trofeos de zarzas
Y sus cruces incorpóreas.

Cual las fuentes ignoradas
De los Nilos y Amazonas
Suelen ser las pobres celdas
Manantiales de altas cosas.

Y cármenes ilusorios
De sangrientas aureolas
Hasta en los largos otoños
De las vejez heróicas.

Y fulgurantes crisoles
En que los símbolos toman
Sentidos inesperados
Y fuerzas maravillosas.

Y bateas de Ideales
Que todo revolucionan,
Aunque sean amansados
Por las manos más ignotas.

Tales suelen ser las celdas
Que los númenes custodian,
Con sus trofeos de zarzas
Y sus cruces incorpóreas.

À la inmortal

Tú, de los Paraisos, la esfinge rutilante
Que escrutas el arcano con ojos de diamante;
Madona de los éxtasis, radiosa de pureza
Sobre las cumbres níveas de la infeliz belleza;
Virgen llena de gracia, musa de *los Cantares*,
Sagrada en las basílicas, augusta en los hogares;
Ánfora del deseo, de amargura exquisita,
Fugaz en la apariencia, y en la esencia infinita;
Madre noche estrellada del desierto y del polo
Cuya sombra acompaña los pasos del más solo,
Que abres, en los insomnios del alma creadora
La inmensa flor del aire de tu boreal aurora;
Milagro de los seres, corona de las cosas,
Vitrina de las gemas, motivo de las rosas,
Fuente de las quimeras, néctar de los dolores,
Nudo de los destinos, ala de los amores;

Tu fuiste la crisálida que las razas primeras
Soñaron mariposa de luz de las esferas,
La vésper de los mitos, más que la griega Eros
Nacida, como un lirio, de los estercoleros,
Cuando el primer destello de idealidad exigua,
Surgió, como un lucero, de la barbarie antigua;
Cuando en las temblorosas albas del sentimiento
Apareció el meteoro de un nuevo pensamiento.

Tú fuiste la crisálida que las razas primeras
Soñaran mariposa de luz de las esferas ;
Y antorcha de himeneos, de lumbre imaginaria
Para el amor que es beso, y la fe que es plegaria ;
Y miraje de palmas, deslumbrante promesa,
Para el genio, que es lucha, y el arte, que es belleza.

En la madre del *Hombre* la tradición cristiana
Hizo la apoteosis de la Dea pagana ;
Idealizó tu forma, limpia de toda escoria,
E impuso al universo que adorara tu gloria.

Mas, como siempre eres la madreperla henchida
Que incuba las cosechas futuras de la Vida,
El arca de la Especie, — la misma de la *Alianza* —
Que lleva el cargamento de amor y de esperanza ;
El arca de la Especie, que flota sobre el Mal
Fecunda como el Orbe, como el Orbe, inmortal.

Oda á una trágica

Tu nombre me era familiar y excelso.
Sus gayas sílabas revoloteaban
Cual ruiseñores en mi admiración.

El lírico vaivén de tus jornadas
Por los remotos pueblos magistrales
Sonaba en los marfiles de mi torre
Como un fausto repique de campanas
En los lentos domingos de la aldea...

Por fin, llegaste!
Te ví, suspenso, aparecer lejana
Como una Emperatriz. Pausadamente,
Con majestuoso andar te aproximaste,
Grande cual la emoción que sugerías
En aquel cráter inflamado de almas.

Y el espacio, la luz, el escenario,
Los personajes del vetusto drama,
El subyugado exótico auditorio
Tornáronse solemnes, cual si hubiera
Surgido una Heroína de Epopeyas!

¿Cómo expresar lo que sintiera entonces?
¡Aquella extraña angustia fosforente!
¡Aquel deslumbramiento de potencias!
¡Aquel silencio azul del alto Olimpo!
¡Aquella inspiración!

Encarnación de lo irreal soñado,
Tantas veces esperada y presentida,
Que dices, en cadencias mecedoras,
Los delirantes cantos de los Arios,
Y evocas, en supremas actitudes,
Las Sombras de las Grandes Dolorosas,
Las peregrinas Sombras Inmortales.

Ah! si al par de sentir viejas leyendas,
De renovar, con imperial maestría,
El númen de los régios Episodios,
La vetustez de tantos Evangelios,
Fueras la Esfinge de estos tiempos ígneos:
Interpretaras la Mujer Moderna,
(En cuyos ojos las pasiones vibran
Ennoblecidas de ideales nuevos),
Dando á la Rebelión tus voces de oro,
Y al Arte libre tu entusiasmo excelso:

¡Con qué amor te cantáran mis nostalgias!
¡Qué himnos estrellados te elevara
De estrofas como vírgenes oceánidas
De los antiguos coros esquilianos.
Hasta encender tu palidez marmórea,
En flava apoteosis!

Musa de Eléusis, que en la bruma roja
De nuestros días, pasas, como Ofelia,
« Tejiendo flores y cantando sueños » ;
Musa de Eléusis, que en el gran crepúsculo
Del mundo que naufraga y del que asciende,
Avanzas, con cortejos espectrales
Sobre el *Buque fantasma* del Pasado,
Agitando la antorcha de tu genio ;

Hija de Safo, á quien Quirón legara
La juventud interna ;
Que sabes más que Ovidio, la agridulce,
Rara, — de hacerse amar, — ciencia divina ;
Sibila errante de la gran Tragedia.
Más reina, sin imperio ni corona,
Que las Emperatrices legendarias
Que á veces interpretas ;
Musa de Eleusis que París admira,
(París es el badajo de tu gloria
Y el Orbe es la campana),
Jamás como á tu influjo mi natura
Ebria del lúmen sideral que admira,
Ardió, de pronto, en religiosas áscuas !

Vencedoras de cuántos despotismos
Afeáran la historia de su estirpe;
Redimidas del odio, la miseria
Y el mal de la ignorancia;
Libertadas de las supersticiones
Con que el terror semítico cubriera,
—En milenaria lluvia de cenizas,—
Los pueblos de Occidente, restituídos
Al culto de Hélios, primordial y védico...

Domada la Natura por la ciencia,
Y el Infortunio por la unión humana,
Ya no era el Arte, mercantil y vano,
Ni los artistas, trashumantes párias;
Por doquiera, grandiosos coliseos
Desbordantes de públicos selectos,
Eran los templos de la nueva Fe.
El Drama, exento del horror antiguo,
Exaltaba las almas y los sexos,
Fundiendo, en el crisol de sus motivos,
El juego natural de las pasiones,
Los choques de la acción y las ideas,
Los ímpetus heróicos y geniales,
En floración sutil de pensamientos,
Y en mitos de futuras epopeyas;

Y todos los fecundos en ficciones,
En dramas, sinfonías y poemas,
Aquéllos que lograban imponerse
Infundiendo sus sueños de belleza,
En las generaciones entusiastas,
Eran los sacerdotes de aquel culto,
Exaltador, libertador, supremo.

¡Para ellos, los vítores, las palmas,
Los trofeos y el voto popular!

¡Oh triunfo del Arte y de la Ciencia
Después de treinta siglos de batallas!
¡Oh triunfo del Sol y de la Aurora
Sobre la inmensa noche de la Cruz!

Y los pueblos unánimes coreaban
El himno redentor:
« Adios, adios, pesadillas judías!
¡Adios, ritos horrendos
De la resignación y del dolor!
¡Adios, eras malditas
De esclavitud, de soledad, de muerte!
Adios! Adios! Adios!

¡Gloria á vosotras, musas del ideal moderno :
Belleza y Alegría, Amor y Libertad! »

III

Hermana de los últimos Videntes,
Sublime Prometea,
A cuyo influjo el fuego de mi estro,
En vastos rutilantes espejismos,
Genial relampaguea!
Como en la fiesta del Titán del Cáucaso
La llama de las últimas antorchas
Que el efebo, triunfante en la carrera,
Depositaba, exhausto, sobre el ara;—

Séate el Arte, culto inmarcesible
Sobre el universal mercantilismo
Y el encanallamiento de las Razas.

¡Siempre presente, aunque invisible y lejos,
En mi soñar perdurará tu imágen,
Aurea, gloriosa, electrizante y única!

El cisne negro

Yo nunca me he mirado, en tus ojos, amiga,
Por más que sus pupilas destellen régia luz;
Porque donde me miro, perdona que lo diga,
Se graba para siempre el *inri* de mi cruz...

Jamás habría osado turbar la penserosa
Beatitud fraterna de nuestra intelección,
Con algo que no fuera, como piedra preciosa
Del verbo que nos brinda su eximia inspiración...

Te siento sin oírte, te veo sin mirarte;
Es mía la más honda belleza de tú ser;
Te admiro, con frecuencia, maravillosa de arte;
Eres la poesía que se ha hecho mujer...

Mi amor por tí florece paradisiales lirios,
Si amor cabe llamarse lo que no puede amar;
Es cual la luz dorada, mística de los cirios
Que solo resplandece votiva ante el altar.

II

Me dicen que tus ojos semejan dos vitrinas
Plenas de liquidámbar y miel aurisolar;
Que en el piélago ardiente de sus aguas marinas
Hay grutas de esmeraldas que están sin explorar..

Que Cípris no las tuvo tan glaucas ni felinas,
Ni Minerva tan grandes, tan hondas Loreley;
Que ni las noches tienen estrellas peregrinas
Como en el verde arcano de tus pupilas hay...

Argonautas conozco que adunan tu mirada
A la aguja imantada de una brújula astral;
Los héroes la comparan al filo de una espada
Vertiginosa y fría como la *dundaral*...

Los buzos, que recuerdan los raros espejismos,
El vasto cabrilleo del espejeante mar,
Me dicen que no vieron jamás en sus abismos,
Abismos tan ignotos como el de tu mirar...

Yo nunca me he mirado en tus ojos, Amiga,
Por más que me complazcan los juegos de la luz...
Porque donde me miro, perdona que lo diga,
Se graba para siempre el *inri* de mi Cruz...

Los he visto al pasar, gloriosos como gemas,
Ausentes de sí mismos ó enfermos de vivir,
Radiando más destellos, que todas las diademas,
Saturnos sin anillos, cansados de lucir...

III

Falenas de la selva fosforescente y mágica,
Luciérnagas nocturnas de eléctrico vaivén,
No me queméis jamás con vuestra lumbre trágica,
Flotad, girad, lucid por mi olvidado Edén...

Yo soy el negro cisne del lago de la fiebre
Donde á tu musa place nostálgica soñar;
El pájaro enlutado, de corazón de orfebre,
Cuyos silencios de oro sabes interpretar...

Mi tiempo fué de gloria, cuando la castellana
Ornaba con sus risas el parque señorial;
Y de los blancos cisnes, la alada caravana,
Bogaba cortejando tu góndola lilibal...

Después... con sus angustias, vino la Vida;
Se fué la castellana, la alegría murió.
Los blancos cisnes todos gimieron su partida;
El cisne favorito de pena ennegreció...

Yo soy el negro cisne del lago solitario
Donde á tu musa place nostálgica bogar;
El lago de armonioso cristal imaginario
Que la divina Ausente nunca podrá olvidar...

Déjame, pues, Amiga, que otras pupilas loe
Donde el amor me brinda su espléndida visión;
Tú posees la clave de mi inmortal oboe,
¡Déjame que les cante mi trémula canción!

Alma mía

Límpida y abundante
Como las vertientes de las montañas
Eres tú, Alma mía,
Magüer de calcinarte el Infortunio.

Límpida y abundante
Aunque abreven en tí, vampiramente,
Las ávidas Miserias,
Como salvajes águilas sedientas
Al borde de un raudal.

Límpida y abundante
Aunque el rencor sangriento de las fieras
Que nutres, te babée,
Y las negras arañas ponzoñosas
Tejan á tu alrededor...

Límpida y abundante
Eres tú, alma mía,
Antes como después de las borrascas,
Desde que riega tu insondable cráter
El surtidor de surtidores de oro
Que llaman *Voluntad*...

Límpida y abundante,
A fuerza de labor y arduos dragajes
En la nocturna cueva cenagosa
Que abrió mi surtidor;
Después de destilar la turbia herencia
Para quién sabe qué fugaz destino
De elevación, de libertad, de arte,
Libre de escórias, estallante de himnos,
Torrencial de luz...

II

Límpida y abundante,
A veces te diseñas á mis ojos
Como una media luna de ironía
Sobre el hondo vaivén de los afanes
Hendiendo el gran azul de la ilusión...

Límpida y abundante
Riela tu faz en las inmundas charcas
Clareando el pulular de los reptiles;
O arrojas, como un rayo, tu sonrisa,
Al través de las bóvedas del templo,
O hiendes las murallas de la ergástula
Y te abismas, genial, en las pupilas,
De algún libertador...

Límpida y abundante,
La maldición del hombre no te afecta
Ni su incienso te embriaga:
Odios, amores y danzar de estrellas
Tu fulgurante indiferencia baña.

Límpida y abundante,
Así te quise yo, así te tengo:
Espejo facetado de las cosas,
Cosa, tú misma, sublimadamente,
Más bella, que la aurora de las cumbres,
Más libre, que los prófugos meteoros,
Más vária, que el oleaje de los mundos,
Superior á la Gloria y á la Muerte,
Fugaz como la propia Eternidad. . .

Así te quise yo, así te tengo
Profundo oásis del desierto mío! . . .
Musa mundial y forastera cósmica, . . .
¡Huésped del Yo — inaccesible Alma!

Addió

Birreme empavesada que vas hácia Citeres
Surcando, con tu prora, el piélagó sensual,
Déjame en un peñasco desierto de mujeres
Soñando en el fantasma de la Inmortalidad!

Tentacular lujuria, horca de Macabeos,
Parca de torso eximio, Sulamita oriental,
Aparta de mis lábios tu cáliz de deseos;
Yo estoy armado en guerra, no puedo claudicar.

Yo voy armado en guerra, hácia las nuevas zonas,
En el audaz corsario que reta al huracán;
En vano me acaricias, en vano me coronas;
¡Adios, dulce Citeres! ¡Adios, Felicidad!

Quiero dejar impresa la estela del corsario
En el nocturno oleage del piélagó sin fin;
Dar muerte, en las tinieblas, al pulpo fabulario
Que hace abismar las naves que van al porvenir.

Tender la red dorada de las evocaciones
En las traidoras sirtes del mar de la Ananké;
Ajeno á las sirenas, de áureas fascinaciones,
A cuya voz naufragan los náutas del saber!...

Después... acaso nunca... cumplido el vaticinio,
Torne, glorioso y triste, nostálgico de paz,
En busca de la Amable, de pectoral biclinio
Donde posar la frente que ajó la tempestad!...

Entonces, solo entonces, airón de mi cimera,
Serán, tus hombros gratos á mi afiebrada sien;
Y äncoras tus brazos, y fresca enredadera
Tu vírgen cabellera más suave que la miel.

Islas afortunadas serán tus pectorales
De líneas exquisitas que alegre contemplar;
Islas afortunadas para las triünfales
Fatigas del austero pirata intelectual!...

Entonces sí, birreme, que vas hácia Citeres
Surcando con tu prora, el piélagó sensual,
Juntos olvidaremos, en lechos de placeres
El lírico fantasma de la Inmortalidad!

Indice

Índice

	Págs.
Lápida	3
Á los árboles	5
Holocausto	15
Á Atlántida	19
Las torres	31
Á la Tierra Uruguaya	39
Á la Colina del Belvedere	41
Más fuerte que el Amor	45
Quién pudiera...	51
Ya no van...	53
Á un león...	55
Los Leviatanes	57
Los conquistadores.	59
La mariposa negra.	61
El miraje	63
Solo una, amiga...	65
Helénica	67
Aquel...	69
Oda á Montevideo	71
¿En vano?	81
El misterioso Amor.	83
Memorial.	85
Eternum vale	89
Berceuse.	93
Oración al Orgullo.	99
Heroica	105
Á una campana.	107
Balada de los últimos otoños.	111
Alto relieve	119
Las celdas	121
Á la inmortal	125
Oda á una trágica	127
El cisne negro	135
Alma mía.	139
Addío.	143

IMPRESO
EN LA
TIPOGRAFÍA MODERNA
CALLE JUNCAL ESQ. CERRITO
MONTEVIDEO
1907

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8519
V3C3

Vasseur, Alvaro Armando
Cantos del nuevo mundo

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 / 02 25 07 009 4

